

PRESENTACIÓN DEL ACTO CONMEMORATIVO DEL OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA ACADEMIA

Por el
Académico Presidente Doctor
Marcelo Urbano Salerno

A partir de año 1935 la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires viene haciendo una tesonera labor para contribuir “al progreso del país y al bienestar general”, de acuerdo a uno de los fines enunciados en sus estatutos. En forma permanente desarrolla su actividad científica de la cual brindan elocuentes testimonios las numerosas publicaciones editadas, en particular sus “Memorias” insertas en los “Anales”.

Los fundadores de esta corporación tuvieron “in mente” que era necesario coordinar todas las ramas del saber, como lo declaró el académico Horacio Rivarola en un célebre discurso pronunciado al cumplirse los veinticinco años de su creación, en cuya oportunidad nos honró la asistencia del entonces Presidente de la República Arturo Frondizi. Señaló entonces Rivarola que era menester “formar unidad” con otras Academias existentes en la época, pues resulta conducente estrechar lazos fraternos.

En esa ceremonia también disertó el académico Francisco Romero, “un pensador original” al

decir del escritor Roberto Giusti. Romero nos legó un mensaje imperecedero, propio de su genial inspiración; sostuvo que la ciencia y la democracia brotaron espontáneamente en la cultura de Occidente, por ser el estilo de vida de nuestra civilización. Pocos meses después falleció, ese “viajero hacia sí mismo”, a fin de partir a su última morada.

Es cierto. Hoy la Academia festeja sus primeros ochenta años, vital, plena de energía, con la mirada puesta en el porvenir, como lo explicará luego el académico Mario Solari. El recorrido en el tiempo ha sido extenso y productivo. Afrontó el saber en su conjunto, organizando y ordenando las disciplinas representadas en varias Secciones. Esas Secciones fueron agrupadas con amplitud de criterio y comprenden a las ciencias duras y a las blandas, a las puras y a las prácticas, las normativas y las positivas, de las que se ocupó en su excelente discurso de incorporación el académico Aja Espil. De ahí que el programa de acción sea ambicioso a fin de lograr una gran síntesis del pensamiento, ejercicio fecundo de labor intelectual para superar la especialización que aísla e impide ver más allá del horizonte. Es un cosmos, como aquel descubierto por el legendario Prometeo, encadenado a una roca en medio del mar, a causa de haber revelado el secreto del fuego a toda la humanidad. La lección de Prometeo no cayó en el olvido. El verdadero conocimiento no es exclusivo de un pueblo, sino que tiene dimensión universal, según se puede apreciar a causa del progreso habido en la tecnología.

Me place evocar una frase feliz de la académica Francis Korn; dice así: “la lógica es lo que tienen en común” las disciplinas científicas. Y hablar de lógica en esta casa permite acceder al Centro de Estudios Filosóficos fundado por el académico Eugenio Pucciarelli, centro único en nuestro país al que pertenecen catedráticos de primer nivel. Bajo la dirección del académico Roberto J. Walton publica las comunicaciones de sus miembros en una revista digital.

Sería extender demasiado esta introducción si continuase enumerando los valiosos trabajos del Centro de Estudios del Imaginario, dirigido por el académico Hugo F. Bauzá, del Instituto de Investigación y Desarrollo Dr. Amílcar Argüelles, dirigido por el académico Fausto T. Gratton, y del Centro de Investigaciones Forenses dirigido por el académico Mariano N. Castex.

No puedo dejar de mencionar algunas realizaciones de esta corporación en los últimos años. El académico Pedro Stipanovic colaboró en preparar el Acuerdo de Cooperación Nuclear que la Argentina suscribió con Australia a fin de proveer un reactor de investigación y producción de radioisótopos. Nuestra Academia conjuntamente con la “Académie des Sciences” de Francia llevó a cabo el año pasado las Jornadas de Inmunología, en las que intervinieron destacados investigadores franceses y argentinos. Es de sumo interés ponderar la tarea de campo que el académico Carlos Valiente Noailles efectuó en el sur de África en torno al

pueblo de Kalahari, estudio antropológico de significativo valor que le insumió varios años.

Rindo mi homenaje al académico Julio H. G. Olivera, un par entre los pares según su decir, quien dirigió esta entidad con precisión matemática, para orientarla hacia la meta señalada por sus fundadores, dotados de una visión promisorio de nuestro futuro.

La Academia procura salvaguardar la tradición científica en nuestro país, estimular el culto de la investigación y custodiar los valores culturales que honran a los argentinos. Del mismo modo, preserva la memoria de sus antiguos miembros, de los que mencionaré solo a dos: Ilya Prigogine y Luis Federico Leloir, ambos merecedores del premio Nobel. Pronto daremos a la imprenta algunas semblanzas de quienes nos precedieron a fin de brindar un bosquejo histórico de esta institución; algunos de ellos lucen sus retratos en las paredes de nuestra sede.

Declaro ante este ilustrado auditorio la apertura del acto conmemorativo del octogésimo aniversario de la fundación de la Academia en nombre de la Mesa Directiva que me ha confiado su honor.